

GREGORIO MARAÑÓN. CONTRASTES Y PARALELISMOS

FINA DE CALDERÓN
Correspondiente

Excmos. Sres. Académicos:
Señoras y Señores:

Agradezco de corazón las palabras que el Excmo. Sr. D. Félix del Valle, nuestro Presidente de la Academia, que me ha dedicado. Es un gran placer y un honor para mí volver a esta querida Academia que siempre me ha recibido con tanta deferencia.

Mis palabras quieren acercarse hoy a don Gregorio Marañón, en primer lugar a través del recuerdo, pues tuve la buena fortuna de conocerle y tratarle. Luego procederé a una comparación que ponga de relieve algunos paralelismos y contrastes que su dilatada existencia tuvo con la de otro insigne toledano, trovero, caballero y poeta: GARCILASO DE LA VEGA. Y para finalizar, glosaré el destierro que sufrió el poeta toledano y sobre el que reflexionó Gregorio Marañón cuando el mismo se vió obligado a permanecer lejos de su país. Soy consciente, sin embargo, del salto histórico y, por tanto, de las diferencias de épocas tan marcadas que existen entre estas dos personalidades.

Comencemos, pues, haciendo una semblanza de don Gregorio buceando en mi memoria, y teniendo en cuenta las palabras del propio doctor cuando advertía:

«El recuerdo jamás es un acta notarial de lo que ocurrió, sino un artificio generoso, bordado sobre un esquema de la realidad por la mano sutil de nuestra fantasía».

Yo, por mi parte, guardo como un tesoro las visitas, ya lejanísimas, a la calle de Serrano, (antiguo domicilio de don Gregorio en Madrid), que yo alternaba con las de «La Hispánica», suculenta pastelería frente a la casa del doctor, ya desaparecida, y que, por supuesto, nada tenía que ver con las Letras. Tampoco puedo olvidar los almuerzos en el «Cigarral de los Dolores» –todavía no me he acostumbrado, pese a sus orígenes hitóricos, a decir «de Menores»–. Nuestras primeras reuniones tuvieron lugar cuando mi hermana y yo éramos aún niñas, pues mis padres gozaban de la amistad de los Marañón. A ellos debo, pues, mi primer enamoramiento de Toledo.

Pasados los años, recién casada, quise presentar mi marido al doctor. Aquel día Marañón gentilmente nos condujo por su jardín, cerca ya de las cinco de la tarde, hasta la fuente de Bécquer. Durante el paseo, yo recreaba en aquél mágico entorno los hilvanes de mi infancia y adolescencia, a mis padres, a los hijos de Marañón, que, como nosotras, estrenaban una breve mocedad.

Los rumores del campo toledano parecían acompasar la paz que arropaba la tarde. En aquella ocasión, don Gregorio hizo ademán de prestar atención a algo extraño. Nos sentamos: «Esta es la hora, nos dijo, en que cantan con más fuerza las cigarras». Y bajo la sabia batuta de su palabra, escuchamos el ensordecedor concierto que rompía el aire estremecido. Evocó para nosotros la figura del poeta-caballero Garcilaso que habría escuchado un chirriar semejante varios siglos atrás. Decía:

«Garcilaso cantó estas riberas y contempló este horizonte para situar en él los lamentos de Salicio y Nemoroso. Bien sabéis que su espíritu no ha dejado de rondar estas tierras».

Son estas palabras las que inspiraron el título de mi charla de hoy.

Conservo con cariño la entrañable carta que nos envió el doctor cuando mi marido Fernando y yo adquirimos el Cigarral del Ángel. Agradecemos su compañía la mañana en que se entronizó en nuestra ermita la imagen de Santa María de los Cigarrales; y no olvido la sonrisa divertida que intercambié conmigo durante la plática en la que el predicador dijo: «Vengo contento, muy contento, pero a la vez cansado, muy cansado, de mi periplo por tierras lejanas, lejanísimas». Y cuando todos esperábamos que viniera al menos desde Jerusalén, aclaró: «¡Pues vengo desde Ciudad Real!».

También rescato del arcón de mis nostalgias, los veranos franceses en Pontailac, donde nos reuníamos con nuestro común amigo, el doctor Godlewski y su familia. ¡Y tantas otras viñetas tiernas y consoladoras que ilustran mi infancia de muletas! Generosísimos, tanto él como la entrañable Lola, que abrían sus puertas a personalidades del mundo entero.

Tan pronto filosofaba Marañón con Ortega y Laín Entralgo, como disertaba con Unamuno, Baroja, el ínclito Valle-Inclán, Pérez de Ayala, Gerardo Diego, Cocteau, Valery, científicos como Madame Curie, o políticos como el General De Gaulle, y un tan largo etcétera, que me es imposible citar a todos.

Sabido es que García Lorca hizo la lectura de «Bodas de Sangre» en el Cigarral de los Dolores. Por cierto, en una ocasión le pregunté al gran poeta granadino:

- «¿Te has fijado en la forma tan curiosa que tiene el Tajo alrededor de Toledo? Parece una herradura».

A lo cual, me contestó Federico:

- «Niña, ¿no ves que es una superstición del Tajo?»

No lo he olvidado.

En el Cigarral de Marañón, todo era dadivosidad; y, si esto se aprecia en lo material, resalta en el elogio a los compañeros. Por ejemplo, sobre el prestigioso físico Arturo Duperier, publica cuando muere: «Era la persona que más admiraba y quería como hombre y científico». Su gran bondad le valió a Marañón el cariño, reconocimiento y respeto de cuantos le conocieron.

Voy a procurar hacer un seguimiento de algunos aspectos de la vida de Marañón, pues todos los presentes le conocen de sobra, pero sí quisiera detenerme en algunos hitos que parecen fundamentales para ilustrar el talante del gran doctor y su profunda humanidad.

Físicamente, era don Gregorio hombre bien parecido, como recordamos quienes le conocimos o como se puede apreciar en los retratos que de él hicieron Zuloaga, Benedito, y Vázquez Díaz entre otros. Sus profundos ojos permitían adivinar una inteligencia viva y un espíritu singular. Su voz era, como bien dice Laín Entralgo, «cálida como de violonchelo». En cuanto a su calidad personal y profesional era tal, que el enfermo que entraba en su consulta salía sano, teniendo tanta culpa de ello su sabiduría médica como su buen hacer humano, casi de encantamiento.

Siendo todavía alumno en la Facultad de Medicina, trabajó con sus profesores una muy cordia relación. ¡Y qué profesores!: Ramón y Cajal, Medinaveitia, Olóriz, todos ellos auténticos maestros...

No teniendo vocación de político, según él mismo decía, no obstante, acabó por alcanzar gran peso en el devenir histórico de nuestro país. La política se entrometió en la vida de Marañón por cuantos resquicios encontró en este hombre tan preocupado por los problemas de su tiempo. Acompañó a Don Alfonso XIII al famoso viaje de Las Hurdes, animado por la idea de que el Monarca se acercara a la dura realidad social del país. Suponemos que a ambos enriquecería mucho este viaje. Sin embargo, su desencantamiento sobrevino a causa de la dictadura de Primo de Rivera. Su manifiesto desacuerdo le costó incluso un mes de cárcel durante el cual se dedicó afanosamente a la lectura.

Se unió finalmente a la llamada «Agrupación al Servicio de la República». Entre los miembros de ésta se contaban nada menos que don José Ortega y Gasset y don Ramón Pérez de Ayala.

El 14 de abril de 1931 tuvo lugar, en casa de Marañón, la insólita y memorable entrevista que mantuvieron el Conde de Romanones y don Niceto Alcalá Zamora. Dicha entrevistá decidió la partida de Don Alfonso XIII, su destierro –que consideraron oportuno dadas las circunstancias–, y la proclamación de la República.

Pero la realidad, amarga señora, desilusionó a estos tres personajes cuando parte del pueblo, a favor del que se habían alineado, les defraudó con sus actos vandálicos. Tuvo que unirse al filósofo Ortega en su famosa frase aparecida en el diario Crisol: «No es esto, no es esto!». ¡Apenas habían pasado cinco meses de la instauración de la República! Un contraste evidente entre lo soñado y una realidad decepcionante.

Sin dejar de dedicarse a sus tareas como médico y la investigación de trabajos científicos, se advierte en Marañón una nueva face-

ta: la redacción de ensayos históricos. Cuando está de lleno inmerso en estos menesteres, le sorprende la Guerra Civil. Para un hombre que ha entregado su vida a favor de los demás, resulta un suceso incomprensible. Marañón permanece en España durante los primeros meses y colabora, más por humanidad que por convencimiento, en la huida de algún importante personaje. Los amigos que han partido al exilio están preocupados por la seguridad de la familia Marañón y no sin motivo, pues la situación es alarmante. El doctor no vivía protegido por ninguna inmunidad personal, incluso tuvo que comparecer en dos ocasiones antes las checas. En el mes de noviembre, inesperadamente, ayuda a huir a Serrano Suñer y, en la semana de Navidad, deciden finalmente los Marañón, en compañía de la familia Menéndez Pidal, abandonar España. Después de varias incidencias y problemas en el puerto de Alicante, dejan nuestro país. ¡Qué curioso! Este destierro sobreviene pasados ya bastantes años del desastre del 98. Se instalan en la capital francesa, primero en la Avenue Iena, muy cerca del piso en que vivía mi familia en París. Poco tiempo después, se trasladan a la rue Marboeuf. La incansable doña Lola, que acompañaba asiduamente a su esposo a La Sorbona y a las bibliotecas especializadas, tiene aún ánimo para buscar un nuevo domicilio. Así, se instalan definitivamente, hasta el final de su exilio, en la rue George Ville.

Les voy a referir una entrañable anécdota a propósito de este traslado. El pintor José María Sert, gran admirador de don Gregorio, al notar que las paredes de su nuevo hogar estaban desnudas, regala al doctor los bocetos de su entonces reciente proyecto para la Sociedad de Naciones, con lo cual la casa queda inmediata y hermosamente decorada.

No voy a glosar más este exilio, pues será uno de los puntos de confluencia que vamos a hacer entre Garcilaso y Marañón. Tan sólo

diré que en 1941 permiten al doctor llegarse a España para atender la enfermedad de su hija Carmen. Aprovecha Marañón para hacer una visita-relámpago de dos días a su amada Toledo. En 1942, en noviembre, regresa de modo definitivo toda la familia. De nuevo en Madrid, se reincorpora a su tarea médica, recupera su puesto en la Universidad y no deja de trabajar ni un instante en sus libros. Junto a Lola va a vivir cada día un amor renovado, como muestra uno de los poemas que le escribió y que yo poseo en una magnífica edición muy limitada, en un ejemplar de los cuatro que ofreció a cada uno de sus hijos y que éstos generosamente me regalaron y dedicaron. Dice así el poema cuyo título es «Epitalamio Otoñal»:

«Cuando te conocí, recuerdo que era
una mañana azul de primavera.
Te llamaba amor mío y no sabía
si era verdad o no lo que decía.

...

Ahora vamos los dos con paso lento,
blanca la frente, grave el pensamiento.
Detrás, el surco de la vida entera.
Y ya puedo llamarte compañera».

Después de una vida dedicada a España y, sobre todo, a los españoles, un 27 de marzo de 1960, tras un paseo junto a su hijo, se acuesta para no volver a despertar don Gregorio Marañón Posadillo. Hoy día cada vez que paseo por Toledo contemplo el busto erigido en su memoria que nos da fe del amor de este pueblo por su doctor.

Pasemos ahora a evocar la figura de nuestro otro gran protagonista, GARCILASO DE LA VEGA. Y aquí encontramos un primer contraste entre la duración de su vida –que fue breve– y la del doctor Marañón. Tuvo una existencia tan rica e intensa, que parecía no

necesitar más años. Marañón dice de Garcilaso que murió a la «edad santa», es decir, a los treinta y tres años. Sin embargo, los más recientes estudios ponen en duda si la fecha de su nacimiento fue el 1503, como se creía, o 1501. Aún así, desde luego, fue parca la vida del poeta toledano. Hijo de una familia ilustre, pasó su infancia entre Toledo y Batres, en la casa de su madre, doña Sancha de Guzmán. Siendo aún muy joven, sufrió un destierro de tres meses por un problema con el Cabildo. Sin embargo, pronto regresó, y además a tiempo de intervenir en la lucha de las Comunidades en las que se enfrentó a su propio hermano, don Pedro Lasso de la Vega. Fue en la batalla de Olías en la que recibió su primera herida de guerra. Podemos darnos cuenta de que estos dos hombres, Garcilaso y Marañón, han vivido dos momentos históricos en que se desgarraba España. Pese a ello, experimentaron estas vivencias de distinto modo. El soldado hiere y el médico cura. De educación exquisita, conocedor de la cultura clásica y del latín, Garcilaso contó entre sus amigos con el renacentista Boscán. Junto a él embarcó en una segunda aventura bélica que fue la defensa de Rodas frente a los turcos. A la vuelta a España, tras la derrota que sufrieron, el joven poeta pasa un año en el Monasterio de Uclés haciendo el noviciado de Caballero de la Orden de Santiago. A la salida, contrae matrimonio con doña Elena de Zúñiga, noble dama castellana con la que tuvo tres hijos y que ha pasado siempre por ser un personaje casi insignificante en la vida del caballero toledano.

A este respecto, Marañón destaca la pálida figura de doña Elena en su libro «Españoles fuera de España», sobre todo en la parte dedicada al destierro de Garcilaso de la Vega.

Sólo un hombre capaz de entender y atender el sufrimiento humano ha podido escribir tan certeramente sobre la pena que debió experimentar esta joven esposa solitaria. Jamás citada por el poeta

en sus versos, a través de ellos sólo recibía noticias del amor que su marido sentía por otras mujeres. Por su parte, Marañón fue extraordinariamente fiel a su esposa, pese al asedio de las mujeres. ¿No le llamaban el caprichito de las damas? Escribía: «Si es posible, que no siempre lo es, un solo amor, pero trabajado, ornamentado, enriquecido por la reiteración en él como una joya. Y no muchos amores dispersos y epidémicos, amores de entrar y salir, y nunca quedar».

El motivo más conocido de las «infidelidades» de Garcilaso (al menos ideales), era su desmedida pasión por doña Isabel de Freyre, dama de la esposa del Emperador Carlos V, al que el poeta conoció a penas unos meses después de haberse casado. Desde ese momento, su enamoramiento no tuvo límites.

Los poemas del toledano son, a veces, un canto a la esperanza del recién enamorado, otras veces al desencanto del rechazado, o quizá a los celos del que ha sido abandonado por otro, o incluso, a la desesperación del amor no correspondido. doña Isabel fue, con su comportamiento, fuente infinita de inspiración de Garcilaso. Esta bellísima mujer, que había movido también al portugués Sá de Miranda a escribir sus sentidas composiciones, prefirió contraer matrimonio con Antonio de Fonseca, sobre el que pesaban sospechas de usura y al que llamaban significativamente «El Gordo».

Siendo el de la Vega apuesto, gentil y caballero, además de autor de tan encendidos versos, resultábale incomprensible verse de este modo desdeñado y humillado. Así decidió su Canción 1ª: «A doña Isabel de Freyre que casó con un hombre fuera de su condición». Sus églogas y sonetos tienen como tema principal un amor imposible. Escuchemos su lamento:

«Yo no nací sino para querereros;
mi alma os ha cortado a su medida;
por hábito del alma mismo os quiero,
cuanto tengo confieso yo deberos;
por vos nací, por vos tengo la vida,
por vos he de morir y por vos muero».

El 14 de agosto de 1530 presentó Garcilaso en Ávila los desposorios secretos de su sobrino (homónimo) con doña Isabel de la Cueva, heredera del Duque de Alburquerque, desobedeciendo así al Emperador Carlos V y perdiendo por ello el favor real. Pero uno se pregunta cómo un hombre tan fiel a la corte y devoto a su monarca se hizo acreedor de tal castigo. Relatemos los hechos: Resulta que este matrimonio había sido expresamente prohibido por la Emperatriz. Poco después, ésta consiguió de su esposo una condena para el rebelde poeta: Garcilaso sería confinado durante varios meses, probablemente a Schutt, una pequeña isla del Danubio, cerca de Ratisbona. ¿Qué condujo a Garcilaso a contravenir órdenes tan expresas de su Emperador? Su sobrino era el hijo de su hermano don Pedro al que el poeta se había enfrentado en la guerra de los comuneros. Si Garcilaso asistió a la boda fue «porque –en palabras de don Gregorio– le movió la parte de razón que su actitud anticomunera concedía a los comuneros. Un gesto liberal, en suma».

Conozcamos cómo fue ese destierro para Garcilaso y cómo se refleja en su obra. A primera vista, resulta singular que Garcilaso, que tenía fama de poeta latino, compartiese la misma suerte que el gran vate romano Ovidio y por causa semejante: la pérdida del afecto del César.

También Ovidio fue enviado a las fronteras del Imperio: el Danubio. Allí se supone que escribió Garcilaso este triste soneto:

«La mar en medio y tierras he dejado
de cuanto bien, cuitado, yo tenía
y yéndome alejando cada día,
gentes, costumbres, lenguas he pasado.

Ya de volver estoy desconfiado;
pienso remedios en mi fantasía,
y el que más cierto espero es aquel día
que acabará la vida y el cuidado.

De cualquier mal pudiera socorrerme
con veros yo, señora, o esperallo,
si esperallo pudiera sin perdello;

más de no veros ya para valerme,
si no es morir, ningún remedio hallo,
y si éste lo es, tampoco podré habello».

Como han podido ustedes escuchar en el soneto, se queja tanto del destierro como del desamor. Y es que para Garcilaso el desdén de doña Isabel era tan doloroso como un auténtico exilio. En cambio, Marañón gozó en todo momento de la ayuda y del amor de su esposa, lo que le hizo vivir el exilio de otra suerte. De todos modos, la época garcilasiana imponía los temas amorosos. El autor hubo de trasladar su pesar de exiliado al desprecio de la amada. Pocos fueron los poetas que, como el francés Du Bellay, aplicaron un estilo más directo al expresar fuera de las reglas imperantes su triste destierro en Roma.

Por otra parte, no fueron demasiado duras las condiciones que encontró Garcilaso fuera de su patria. Por ejemplo, describe la isla de Schutt como un lugar agradable:

«Do siempre Primavera
parace en la verdura
sembrada de las flores».

Pasó a Nápoles a cumplir el resto de la pena. Allí tuvo la suerte de contactar con la élite del pensamiento, el arte y la literatura italianas. Trabajó, asimismo, conocimiento con intelectuales españoles, entre los que se hallaba Luis Vives, otro compatriota desterrado del que también escribió Marañón en su estudio sobre exiliados, como Antonio Pérez, los moriscos, los judíos o los liberales en el ya citado «Españoles fuera de España».

La estancia de Garcilaso en Nápoles fue muy beneficiosa e importante en su vida y le supuso el reconocimiento a su labor. Como tantas veces sucede, recibió más honores fuera de su propio país que dentro. Recordemos casos como el de Picasso, en el siglo XX que, tal vez, hubiera gozado de menos prestigio de no haber salido de España.

Se guardan testimonios que decían de Garcilaso «no pasó por Italia español más bien visto y amado». Aún así, podemos suponer que no era del todo feliz cuando en sus églogas deja paso a la nostalgia y recuerda «el río do niño juagaba». ¡Qué presentes el Tajo y Toledo en Garcilaso!

Tuvo lugar el destierro del poeta toledano cuando «en España no se ponía el sol», cuando era la nación más poderosa de la tierra. Regresa, al fin, Garcilaso a su patria en 1534 y, durante el mes de agosto, interrumpe su exilio y se dirige, por última vez, a Toledo. Muchos años después, haría lo mismo Marañón cuando aprovechó la breve interrupción del suyo para visitar la ciudad del Tajo. Quizás, en aquel caluroso mes, oyera Garcilaso las cigarras, ante-

pasadas de aquéllas que escuchamos mi marido y yo junto al doctor en su cigarral.

Una vez reconciliado con el Emperador, Garcilaso vuelve a militar junto a él y se enrola en la campaña contra Francia. El 19 de septiembre, cuando se encontraban los ejércitos a más de cuatro millas de Frejus, en Provenza, pasaron junto a una torre llamada de Notre-Dame, en la localidad de Muy. Unos villanos, que se habían encastillado en su interior, osaron atacar a las fuerzas del Emperador. Garcilaso, tan ardoroso en los hechos de armas como en las demás facetas de su vida, resolvió ir en la avanzadilla del ataque. Cuando escalaba, apenas protegido por una rodela, una gran piedra lanzada desde arriba le dio de lleno en la cabeza, haciéndole caer a tierra con una herida mortal.

Carlos V, enojado, tomó graves represalias contra los agresores, pues la torre fue pronto conquistada. Entretanto, Garcilaso de la Vega, fue trasladado a Niza. De este dato da cuenta Marañón en «Españoles fuera de España», con la experta y conocedora mirada del médico: «Es evidente que la lesión se infectó y se complicó con una meningitis o meningoencefalitis, que puso fin a los días del poeta». Tanto impresionó al doctor el hecho de armas del caballero que compuso este poema en su memoria:

«Detente aquí pasajero
que aquí cayó Garcilaso,
con sus alas de Pegaso
y su armadura de acero.
Fue en el valor el primero
sin segundo en el amor
y para unir el dolor
al blasón de su memoria

se dejó arrancar la gloria
como se arranca una flor».

Transcurrierón 17 jornadas desde que Garcilaso había sido herido; en este tiempo, junto a su cabecera, le acompañó el Marqués de Lombay, su amigo y su futuro San Francisco de Borja. Contrasta esta muerte violenta, en manos de malhechores, con la del doctor, enfermo, sí, pero en el lecho de su domicilio. Dos años después de la muerte de Garcilaso, doña Elena de Zúñiga, su viuda, le hizo traer a Toledo y hoy día reposan en la Iglesia de San Pedro Mártir los restos de nuestro Garcilaso de la Vega. Y aquí finalizó las breves reseñas biográficas de nuestros dos protagonistas.

Ciertamente, el hecho de que estos autores hayan experimentado estas mismas vivencias de guerras internas, del exilio y de la pasión tan profunda por Toledo, determina que en ambos encuentros más similitudes que contrastes, pese al transcurso de los siglos.

Yo les propondría una adivinanza. Se trata de averiguar a quién se describe en esta cita: «En el hábito del cuerpo tenía justa proporción, porque fue más grande que mediano, respondiendo sus lineamientos y compostura a la grandeza; la trabazón de los miembros, igual; el rostro, apacible con gravedad; la frente, dilatada con majestad; los ojos vivísimos, con sosiego; y todo el talle tal, que aún los que no le conocían, viéndole, le juzgaran fácilmente por hombre principal y esforzado, porque representaba una hermosura verdaderamente viril, y era prudentemente cortés y galán sin afectación...». ¿No es cierto que resulta difícil saber a cuál de los dos autores, Marañón o Garcilaso, hace referencia esta descripción porque muy bien puede aplicarse a ambos? Resolvamos el enigma: éste es el relato, hecho por Tamayo de Vargas, de Garcilaso, y que es citado por Marañón en «Españoles fuera de España». Pero lo más relevante es que bien

podríamos haberlo firmado cada uno de los que conocimos a don Gregorio, pues se ajusta perfectamente a su físico y estilo personal.

Juguemos a pensar que fue el aire toledano el que les imprimió esta apariencia. Al escribir sobre el poeta renacentista, dice Marañón que fueron estas tierras las que prestaron a Garcilaso su aspecto grave, pues no hay hombres en Toledo –afirmaba–, que no lo sean. Escuchemos al doctor: «Buscar el humor en Toledo es tan quimérico como buscar Oro en el Tajo». Y añade:

«Garcilaso en sus andanzas de hombre y en su creación de poeta fue, en gran parte, por el hecho de haber nacido en la urbe del Tajo, y aunque hay influencias italianas evidentes en la técnica y aire cortesano al hablar de amor, lo esencial de su obra no es nada de esto sino la profundidad de su alma: es como almendros floridos, pero de corazón amargo, como sus cigarrales».

Si bien don Gregorio no nació en Toledo, sino en Madrid, pronto descubrió el encanto y misterio de la Ciudad Imperial. (He de reconocer, si me permiten esta alusión personal, que a mí me sucedió otro tanto.) Otro tanto, sí, en lo que se refiere a mi profundo amor a Toledo teniendo, como el doctor, el orgullo de ser hija adoptiva de esta ciudad.

Parece inevitable que, al relacionar a alguno de nuestros dos protagonistas con Toledo, antes o después se aluda al otro. Así le sucede a Gerardo Diego, amigo del doctor Marañón, cuando le dedicó esta elegía en la que, como yo hoy, vincula las figuras del doctor y del poeta:

«¿Demócrata? No sé. Soldado raso
pero no comunero ni insurgente.

Juró bandera al ocre, alzado en frente,
a arreboles de aurora y luz de ocaso

de Toledo. Tangible y transparente,
un capitán le sonreía al paso,
mano en el hombro: - «No hubo Garcilaso.
Yo soy Salicio. Bebe de mi fuente».

Fue liberal, de libertad la santa
y libertad que se adelanta,
mas no sólo a decirlo: a serlo, a serlo,

contra anatema, inquisición, hostigo,
amenaza, calumnia. Y –hoy creerlo
me parece ilusión– fui yo su amigo».

Así pues, insisto repetidamente en que es muy significativa la importancia de Toledo en las vidas de nuestros portagonistas, pero, quizá, más aún lo sea en sus obras.

Comencemos por Marañón. Su libro «Elogio y nostalgia de Toledo» constituye uno de los más hermosos poemas (si bien en prosa) sobre la ciudad bimembre. Hay un fragmento que prefiero especialmente y es en el que describe Marañón el singularísimo canto del Tajo a su paso por Toledo. Oigamos:

«Los ingenieros, hombres terribles, dicen que se oye al río porque se calla la ciudad, o bien porque se ponen en marcha los artificios de las presas. Pero la verdad es que ese ruido es un rumor extrahumano, un eco remoto de todo lo que sonó durante tantos siglos en las orillas que vieron pasar el amor y la muerte, hechos de fuego o espanto vivos, y los dejaron presos para siempre allí.

Fabuloso es ese misterio del río que envuelve a la vieja ciudad. Por eso decía Cervantes que ‘la fama del río Tajo es tal que no la cierran límites ni ignoran las más remotas gentes del mundo’».

El río ha tenido uno de sus más importantes valedores en los versos de Garcilaso, por ejemplo en la conocida Égloga III:

«Cerca del Tajo, en soledad amena,
de verdes sauces hay una espesura
toda la hiedra revestida y llena,
que por el tronco va a hasta la altura
y así la teje arriba y encadena
que'l sol no halla paso a la verdura;
el agua baña el prado con sonido
alegrando la hierba y el oído».

Pero no son sólo de Garcilaso los versos que hablan de Toledo, puesto que Marañón poseía la casi secreta afición de escribir poemas. El que a continuación les leeré no habla únicamente de Toledo sino que la vincula al noble caballero:

«El cielo era un esmalte transparente,
como lo soñaría Garcilaso,
con el mismo rumor, de leve raso,
en la taza labrada de la fuente.
Al fondo, la ciudad resplandeciente
en la postrera lumbre del ocaso,
y el silencio que viene paso a paso,
preñado de misterios del Oriente.
Y de repente empieza a hablar el río...
¿Es un canto de amor o de venganza?
¿Es un místico anhelo de esperanza? ‘

¿O es un lamento de vejez y hastío?

¿O la amarga nostalgia de la gloria?

¿O la voz inaudible de la historia?

.....

Y de repente empieza a hablar el río...».

Al recorrer las páginas de nuestros autores dedicadas a Toledo, tan pronto ésta se nos aparece como en los cuadros de El Greco, o como la vemos entre los brillos y el estrépito de sus aceros, o como nos la imaginamos triste y melancólica. Garcilaso nos muestra su ciudad al describir un tapiz en el que surge bañada por el río:

«Estaba puesta la sublime cumbre
del monte, y desde allí por el sembrado,
aquella ilustre y clara pesadumbre
de antiguos edificios adornada.
De allí con agradable mansedumbre
al Tajo va siguiendo su jornada
y regando los campos y arboledas
con artificios de las altas ruedas».

Yo, al igual que Marañón, siempre he sentido en Toledo la falta, a la vez que la presencia de Garcilaso, así como coincido al considerar a Toledo la ciudad más oriental de occidente. Pero el doctor añade curiosamente que es, además, la más mediterránea. Oigámosle:

«Toledo, anclada sobre peñascos rudos, en medio de Castilla seca, es, sin embargo, más mediterránea que todas las ciudades de Grecia, de Italia y de nuestro litoral levantino. Lejos del mar es como la suma representación de todas ellas».

A este propósito, les confesaré que, a veces, he pensado si el encantamiento de Maurice Barrès hacia Toledo, manifestado en su libro «Le Greco ou le secret de Toléde», no le habría sido despertado por la orientalísima Condesa de Noailles, su amada. Pero, quizá, ésta sea una idea peregrina en todo caso aceptada por Camón Aznar.

Yo he tenido la suerte, en mi Cigarral del Ángel –que, por amor, siempre considero mío– de recibir, entre otras personalidades, a los actores de la Comédie Française y de oírles leer, a orillas del Tajo, hermosas páginas de un Maurice Barrès enamorado de nuestra ciudad.

Del exilio marañoniano, cuyos datos y desarrollo ya hemos comentado, señalemos que lo más significativo es la obra que escribe arduosamente en esa época. Además de los estudios médicos que nunca abandona, elabora una ingente cantidad de artículos, libros y ensayos históricos, varios de ellos dedicados a personajes desterrados.

Como sucedía con Garcilaso, es este momento de la vida de Marañón especialmente fructífero. No para de asistir a cursos, de colaborar en diarios y seminarios, de dar conferencias, de acudir a las invitaciones que se le hacen desde toda Hispanoamérica. En algunos de estos viajes, en los que libera a su hija Belén de su eficiencia en su trabajo de ayudanta, le acompaña su hija Mabel, la «morenita» (como él la llamaba), pero su cooperación constante en las bibliotecas y archivos es la de su esposa Lola.

En París, donde se había encontrado a numerosos exiliados a los que prestó todo su apoyo y desinteresada atención médica, por ejemplo Azorín u Ortega, con los que siempre mantuvo una interesantísima correspondencia. Anteriormente, también había demostrado su largueza con otros escritores y poetas.

Precisamente, el tema de uno de mis «Miércoles de la Poesía» en el Centro Cultural de la Villa de Madrid, era «Marañón poeta y amigo de los poetas». En efecto, fue generosísimo con todos ellos. No olvidemos cuando, en cierta ocasión, tras sus notorias libaciones alcohólicas, enfermó gravemente Rubén Darío que vivía frente a Lhardy. Fueron muchos los médicos de levita y chistera los que le visitaron. Pero don Gregorio, que sólo contaba veintitrés años, fue quien le curó. Rubén le envió una carta de gratitud en la que le pedía sus honorarios. Marañón le contestó «que a un poeta como él no se le podía cobrar». Sin embargo, el doctor recibió una inapreciable recompensa: el manuscrito de «Juventud, divino tesoro» de pluma y letra de su autor.

Pese a tantas satisfacciones profesionales y literarias, sentía igualmente Marañón la punzada del alejamiento de su patria. Nos dice, por ejemplo, hablando de Garcilaso que «es terrible el desasosiego y la pérdida de personalidad que el español suele sufrir cuando está lejos de su tierra».

Pero no perdió su personalidad Marañón, aún acusando la falta a su amada Toledo. Fue ésta la causa de que escribiese en París su admirable libro «Elogio y nostalgia de Toledo».

Algo más que no estar en su país le dolía a Marañón, y era el desengaño político que había sufrido. Quizá fue éste el peso más cruel que tuvo que soportar durante su estancia parisina. Y este dolor, para el que no hay medicina, no se le quitó del alma jamás. puesto que sus sueños liberales no se habían cumplido y se habían quedado en simples ilusiones. Aunque él mismo nos decía:

«Yo creo en lo que soñé,
y el sueño, no se por qué

se me murió al despertar;
pero me queda la fe,
para volver a soñar».

Un sueño ha sido para mí poder unir hoy dos figuras que son tan excepcionales como las de Garcilaso y Marañón. Este Marañón incombustible que jamás se dejó amilanar por los contratiempos. Y junto al que mirando su río y su cielo hay que exclamar:

«¡Arriba, corazón! La vida es corta
y hay que aprender a erguirse ante el destino
Sólo avanzar importa,
Arrojando el dolor por el camino.

Otras horas, felices,
matarán a estas horas doloridas.
y las que hoy son heridas,
se tornarán mañana cicatrices.

¡Espera siempre, corazón, espera!
que ninguna inquietud es infinita
y hay una misteriosa primavera,
donde el dolor humano se marchita.

Con tu espuela de plata,
no des paz al corcel de la ilusión.
Si la pena no muere, se la mata...
¡Arriba, corazón!»

Muchas gracias.